

WILHELM HEINRICH WACKENRODER

**LA SINGULAR VIDA MUSICAL DEL
COMPOSITOR JOSEPH BERGLINGER**

**Traducción de
YOLANDA ESPÑA**



PRIMERA PARTE

Una y otra vez he vuelto mi mirada hacia atrás y he recogido, para mi disfrute, los tesoros de la historia del arte de siglos pasados. Pero mi ánimo me impulsa ahora a detenerme en los tiempos presentes y a tratar de la historia de un artista a quién conocí desde su primera juventud, y que fue mi amigo más querido. ¡Ah, por desgracia te fuiste pronto de esta tierra, Joseph mío, y no podré encontrar fácilmente otro que te iguale! Pero quiero recrearme en seguir la historia de tu espíritu desde el principio, tal como a menudo, en hermosas horas, me has contado tan detalladamente, y tal como yo mismo te he conocido íntimamente; y en contar tu historia a aquellos que en ello encuentren alegría.

Joseph Berglinger nació en una pequeña ciudad del sur de Alemania. Su madre hubo de abandonar el mundo en cuanto lo puso en él. Su padre, hombre ya entrado en años, era doctor en la ciencia médica, y su fortuna era escasa. La suerte le había vuelto la espalda, y le costó amargos sudores sacar adelante a sí mismo y a sus seis hijos (Joseph tenía cinco hermanas), por falta, sobre todo, de una prudente administradora.

Este padre era de natural un hombre suave y de muy buen corazón, al que nada agradaba tanto como socorrer, aconsejar y dar limosnas, en la medida en que sus medios se lo permitían. Un hombre que dormía mucho mejor tras una buena acción; que podía vivir largo tiempo, con íntima emoción y agradecimiento hacia Dios, de los buenos frutos de su corazón; y que alimentaba preferentemente su espíritu con conmovedores sentimientos. En efecto, siempre se ha de estar conmovido por profunda melancolía y embargado de entrañable amor cuando se considera la simplicidad envidiable de estas almas, las cuales encuentran en las manifestaciones acostumbradas de un buen corazón tan inagotable pozo de sublimidad, que esto constituye enteramente su cielo en la tierra, y el medio de mantenerse en paz con el mundo entero y de vivir con un feliz sentimiento de satisfacción. Joseph tenía del todo esta sensación cuando observaba a su padre. Pero lo cierto es que a él le había conformado el cielo de un modo tal, que siempre aspiraba a algo *todavía superior*; no le bastaba la mera *salud* del alma, ni que ésta cumpliera con sus asuntos terrenales ordinarios, como trabajar y hacer el bien. Él quería que el alma estallara también en alegrías desbordantes, y gritara de júbilo en dirección al cielo, como hacia su propio origen.

Pero el espíritu de su padre se encontraba también ligado a otras cosas. Era un infatigable y concienzudo médico, que no había tenido otro interés en su vida que el conocimiento de las cosas singulares que se escondían en el cuerpo humano y la vasta ciencia de todos las misera-

bles dolencias y enfermedades humanas. Pero este estudio ferviente se había vuelto para él, como ocurre frecuentemente, un veneno secreto y adormecedor, veneno que penetraba todas sus venas y roía en él muchas cuerdas resonantes del pecho humano. A ello se añadía el desaliento por la miseria de su indigencia y, al cabo, por la edad. Todo esto consumía la bondad natural de su espíritu. Pues en almas no demasiado fuertes, todo aquello con lo que el hombre tiene relación se traspasa a su sangre, transformando su interior sin que él mismo lo sepa.

Los hijos del anciano médico crecían junto a él como la mala hierba en un jardín asilvestrado. Las hermanas de Joseph eran en parte enfermizas, y en parte de espíritu débil, y llevaban una vida lamentable y solitaria en su pequeña y oscura morada.

Nadie podía encajar menos en esta familia que *Joseph*, el cuál vivía inmerso siempre en hermosas imaginaciones y sueños celestiales. Su alma semejava un delicado arbolillo cuya semilla un pájaro había dejado caer en unas ruinas, y allí brotaba virginalmente entre duras piedras. Joseph permanecía siempre solitario y encerrado en sí mismo, y se regocijaba únicamente con sus fantasías interiores. Por ello el padre le consideraba un poco trastornado y de limitado espíritu. Joseph amaba sinceramente a su padre y hermanas; pero valoraba sobre todas las cosas su propio interior, y lo mantenía secreto y escondido ante otros. Así se mantiene oculto el cofrecillo de un tesoro, cuya llave no se le entrega a nadie.

Su mayor alegría había sido, desde sus primeros años, la *música*. Escuchaba tocar de cuando en cuando a alguien el piano, y también tocaba algo él mismo. Se iba formando gradualmente, por medio del placer frecuentemente repetido, de un modo tan personal, que su interior se transformó por entero en música, y su espíritu, seducido por este arte, andaba siempre vagando por los laberintos crepusculares del sentimiento poético.

Una época excelente de su vida la constituyó un viaje a la residencia episcopal, donde le acogió durante algunas semanas un adinerado pariente que allí residía, y que se había encariñado con el muchacho. Allí vivió en el mismísimo cielo: su espíritu se recreaba con la música, hermosa de mil modos diferentes, y revoloteaba de aquí para allá como una mariposa entre cálidas corrientes.

Joseph visitaba sobre todo las iglesias, y escuchaba resonar bajo las altas bóvedas, con redondeados sonidos de trombones y trompetas, los oratorios, cantilenas y coros sagrados, permaneciendo a menudo humildemente de rodillas, impulsado por una interna devoción. Antes de que la música rompiera a sonar, cuando de este modo se encontraba entre el aglomerado gentío de la multitud que murmuraba en voz baja,

era como si oyera susurrar en torno a sí y entremezclada sin melodía, a modo de una gran feria anual, la vida ordinaria y común de los hombres; su cabeza era aturdida con fútiles pequeñeces terrenales. Esperanzado, aguardaba el primer son de los instrumentos; y cuando éste, desde el sordo silencio, largo y poderoso, semejante al soplido de un viento, brotaba del cielo, y el poderío entero de los sonidos pasaba sobre su cabeza, entonces le parecía como si de pronto se expandieran de su alma grandes alas, como si fuera alzado de un árido descampado, desapareciera la sombría cortina de las nubes de los ojos mortales, y se elevara hasta el luminoso cielo. Después se quedaba taciturno e inmóvil, y clavaba los ojos, inmutable, en el suelo. El presente desaparecía ante él; su interior era purificado de todas las pequeñeces terrenales que constituyen el verdadero polvo sobre el brillo del alma. La música penetraba sus nervios con suave escalofrío y hacía, con sus evoluciones, que aparecieran ante él numerosas imágenes. Así, en determinados cantos gozosos y elevados a la gloria divina, le parecía muy claramente como si viera al rey David, con largo manto real, la corona sobre la cabeza, danzando mientras entonaba himnos de alabanza ante el Arca de la Alianza; veía su arrobamiento entero y todos sus movimientos, y el corazón se le saltaba en el pecho. Miles de sensaciones adormiladas en su seno rompían sus ataduras y se movían entremezcladas de un modo maravilloso. Sí, en tales pasajes de la música le parecía, en fin, que caía sobre su alma un rayo especial de luz; era como si se volviera de pronto mucho más perspicaz, y desde lo alto contemplara con ojos más claros y con una cierta melancolía sublime y tranquila el mundo entero que pululaba.

Y es bien cierto que cuando la música había acabado y salía de la iglesia, le parecía que se había vuelto más puro y más noble. Su esencia entera se abrasaba todavía del vino espiritual que le había embriagado, y contemplaba a los que pasaban con otros ojos. Cuando después veía, por ejemplo, a algún grupo de personas que paseaban riéndose o contando novedades, ello le producía una impresión extrañamente enojosa. Pensaba: has de permanecer durante toda tu vida, sin cesar, en este hermoso y poético éxtasis, y tu vida entera ha de ser *una* música.

Pero cuando luego iba a casa de su pariente para la comida del mediodía, que se saboreaba con placer en un círculo divertido y burlón, entonces se sentía descontento por haber sido precipitado tan pronto, de nuevo, en la vida prosaica, y porque su éxtasis se había disipado como una resplandeciente nube.

Este amargo conflicto entre su innato entusiasmo etéreo y la participación terrena en la vida de cada una de las personas que diariamente

le arrancaban con violencia de su exaltación, le martirizó a lo largo de toda su vida.

Cuando Joseph asistía a un gran concierto, se sentaba en un rincón, sin mirar al brillante auditorio de oyentes, y escuchaba con la misma devoción que si estuviera en una iglesia, igualmente en silencio e inmóvil, y con los mismos ojos mirando al suelo ante sí. No se le escapaba el más pequeño sonido, y al final acababa totalmente fatigado y cansado por la tensa atención. Su alma eternamente en movimiento era por completo un juego de sonidos; —era como si estuviera desprendida del cuerpo y se agitara más libremente en derredor, o también como si su cuerpo se hubiera convertido en alma— así tan libre y ligeramente estaba envuelta por las bellas armonías, y en su alma delicada se imprimían los más finos pliegues y flexiones de los sonidos. Con frecuencia, en sinfonías alegres y cautivadoras, que amaba preferentemente, le parecía que veía danzar festivamente un alegre coro de jóvenes y muchachas que saltaban hacia delante y hacia atrás; y a veces, como parejas individuales, hablaban en pantomima unos con otros, y se mezclaban después alegremente de nuevo en el grupo. Algunos pasajes en la música le resultaban tan claros y penetrantes, que los sonidos le parecían *palabras*. En otros momentos, los sonidos obraban de nuevo una maravillosa mezcla de alegría y tristeza en su corazón, de modo que risa y llanto le eran igualmente cercanos; un sentimiento que, en nuestro camino por la vida, con tanta frecuencia hemos encontrado, y que ningún otro arte puede expresar tan verdaderamente como la música. Y con qué arrobos y admiración escuchaba tal pieza musical que comienza con una melodía vivaracha y festiva, como un riachuelo, pero que poco a poco, imperceptiblemente y de modo admirable, evoluciona en sinuosidades cada vez más sombrías, y finalmente estalla en un sollozo vehemente, intenso; o, como a través de salvajes arrecifes, llega tumultuosamente, con un estruendo sobresaltado. Todas estas sensaciones diversas hacían nacer siempre en su alma homólogas imágenes sensibles y nuevos pensamientos: un maravilloso don, el de la música, cuyo arte, es probable, tanto más poderosamente obra sobre nosotros, y tanto más remueve todas las fuerzas de nuestra esencia, cuanto más oscuro y lleno de misterio es su lenguaje.

Los hermosos días que Joseph había pasado en la residencia episcopal llegaron finalmente a su término, y tuvo que volver de nuevo a la casa de su padre, en su ciudad natal. ¡Qué triste fue el retorno! ¡Qué miserable y oprimido se sintió otra vez en una familia cuya vida entera giraba en torno a la mezquina satisfacción de las necesidades físicas más apremiantes, y con un padre que estaba tan poco de acuerdo con sus inclinaciones! Este menospreciaba y execraba todas las artes como

servidoras de desenfrenados apetitos y pasiones, y aduladoras del mundo elegante. Ya desde tiempo atrás había visto con descontento que su Joseph se había aficionado tanto a la música; y ahora, como este amor crecía cada vez más en el muchacho, hizo un serio y continuado intento de convertirlo de la perniciosa inclinación a un arte cuyo ejercicio no era mucho más que ociosidad y que satisfacía meramente la concupiscencia de los sentidos, a la medicina, la ciencia que más bien hacía y que era en general más útil a la humanidad. Se esforzó mucho en instruirlo él mismo en las nociones fundamentales, y le proporcionó libros que podían ayudarle.

Todo esto constituía una situación realmente amarga y penosa para el pobre Joseph. Ocultó su entusiasmo en el pecho, para no mortificar a su padre, y quiso probar si de paso no podría aprender una ciencia útil. Pero esto era una lucha eterna en su alma. Diez veces leía una página en sus manuales, sin enterarse de lo que leía; su alma proseguía cantando interiormente sus melódicas fantasías. El padre estaba muy preocupado por él.

Su amor apasionado por la música fue incrementándose en el silencio. Cuando en algunas semanas no había llegado ningún sonido a sus oídos, su ánimo literalmente se enfermaba; notaba que su sentimiento se encogía, se originaba un vacío en su interior, y sentía verdadera nostalgia por dejarse entusiasmar de nuevo con los sonidos. Entonces, incluso músicos vulgares en solemnidades religiosas o seculares podían inspirarle sentimientos con sus instrumentos de viento, de lo que ellos, por supuesto, no tenían ni idea. Y siempre que era posible escuchar una bella música en las ciudades vecinas, se escapaba corriendo, con vehemente apetito, bajo la más intensa nieve, tormenta y lluvia.

Casi a diario evocaba con melancolía el espléndido tiempo pasado en la residencia episcopal, y presentaba de nuevo ante su alma las cosas exquisitas que allí había escuchado. Muchas veces se repetía las palabras tan queridas y conmovedoras que mantenía en su memoria de aquel oratorio espiritual, que había sido el primero que había escuchado, y que había marcado en él una profunda y magnífica impresión:

Stabat Mater dolorosa
Juxta crucem lacrymosa,
Dum pendebat filius:
Cujus animan gementem,
Contristantem et dolentem
Pertransivit gladius.

O quam tristes et afflicta
Fuit illa benedicta
Mater unigeniti:
Quae moerebat et dolebat
Et tremebat, cum videbat
Nati poenas inclyti.

Y como sigue.

Pero ¡ah! cuando, en los momentos en que vivía en etéreos sueños o se encontraba totalmente embriagado por el disfrute de una soberbia música, le era interrumpida una hora de tanto arrobo, bien porque sus hermanas se peleaban por un vestido nuevo, o porque su padre no podía darle suficiente dinero para el gobierno de la casa a la hija mayor, o porque éste contaba algo de un enfermo auténticamente miserable y lastimoso, o porque una anciana mendiga, completamente curvada y jibosa, y que en sus andrajos no se podía proteger contra el frío invernal, aparecía por la puerta; ¡ah! no existe en el mundo sensación tan tremendamente amarga, que traspasara tanto el corazón, como la que entonces desgarraba a Joseph. Pensaba: "Dios mío ¿es esto el mundo entonces como realmente es? ¿y es entonces tu voluntad que yo haya de mezclarme así entre la aglomeración de la multitud y tomar parte en la miseria común? ¡Y sin embargo así parece, y mi padre lo predica siempre, que la obligación y determinación de las personas sea mezclarse entre la multitud, dar consejo y limosnas, y vendar heridas nauseabundas, y curar horribles enfermedades! Y no obstante, una voz interior me grita insistentemente con gran intensidad: ¡No! ¡no; tú has nacido para un fin más elevado, más noble!". Con tales pensamientos se torturaba a menudo largo tiempo, y no podía encontrar una salida; pero antes de que pudiera darse cuenta, las imágenes hostiles que parecían tirarle violentamente sobre el barro de esta tierra eran borradas de su alma, y su espíritu vagaba de nuevo en paz por los aires en derredor.

Poco a poco iba convenciéndose de que Dios le había puesto en el mundo para ser un admirable artista de la música; y a veces pensaba con agrado que el cielo le elevaría de la sombría y estrecha indigencia en que tenía que pasar su juventud a un brillo tanto más elevado. Muchos lo tomarán por una fantasía novelesca y afectada, pero es sólo la pura verdad si cuento que a menudo, en su soledad, incitado por un fervoroso impulso de su corazón, caía de rodillas y rogaba a Dios que le convirtiera algún día en un auténtico y magnífico artista ante el cielo y la tierra. En esa época, como su sangre, acosada por representaciones ligadas siempre a la misma cuestión, se encontraba a menudo en vehemente efervescencia, ponía por escrito pequeñas poesías que retrataban

su estado o ensalzaban el arte de la composición, y a las que con gran alegría ponía música, a su modo infantil y lleno de sentimiento, sin conocer las reglas. Una muestra de estas canciones es la siguiente oración que dirigió a aquella de entre los santos que se venera como patrona de la música:

Mira como sin consuelo lloro,
sólo en mi pequeño aposento,
Santa *Cecilia!*
Mírame huir de todo mundo
para postrarme en silencio ante tí:
¡Ah! yo te imploro, séme propicio.

Tus sonidos maravillosos,
a los que hechizado me entrego,
han enloquecido mi ánimo.
Disipa el miedo de los sentidos
Hazme derretir en canto,
que tanto embelesa mi corazón.

Quieras tú en las cuerdas de la lira
conducir mi débil dedo,
que de él brote sentimiento;
que mi sonido en miles de corazones,
puro embeleso, dulce dolor,
ambos suscite y de nuevo acalle.

Quisiera algún día con intenso sonido, en el abarrotado pórtico del templo,

un sublime Gloria
consagrar a tí y a todos los ángeles,
regocijar a miles de cristianos:
¡Santa *Cecilia!*

Ábreme los espíritus de los hombres,
que sea yo maestro de sus almas
por el poder de la música;
que mi espíritu resuene a través del mundo,
lo penetre obrando misteriosamente,
¡lo embriague en fantasía!

Más de un año se atormentó el pobre Joseph, meditando cuidadosamente en la soledad sobre un paso que quería dar. Un poder irresistible impulsaba a su espíritu a volver a la soberbia ciudad que consideraba un paraíso; pues ardía en apetito de aprender allí a fondo su arte. Pero la relación que mantenía con su padre comprimía completamente su corazón. Este se había dado muy bien cuenta de que Joseph ya no quería en absoluto seguir aplicándose con empeño y seriedad a su ciencia; medio desengañado de él, se había replegado en su mal humor, que con la edad creciente se agudizaba cada vez más. Se ocupaba poco del muchacho. Joseph no perdía por ello, sin embargo, su sentimiento filial; luchaba eternamente contra su inclinación, y aún no se atrevía a traer a sus labios en presencia de su padre lo que tenía que revelar. Días enteros se atormentaba ponderándolo todo, pero no podía y no podía salir del espantoso abismo de dudas, toda su fervorosa oración se negaba a dar fruto: todo ello le deshacía, casi, el corazón. De aquel estado, triste y penoso sobre todas las cosas, dan cuenta las siguientes líneas, que he encontrado entre sus papeles:

¡Ah! ¿qué es eso, entonces, que me oprime,
con ardientes brazos me cerca estrechamente,
que me impulsa a alejarme consigo,
que haya de huir del hogar paterno?
¡Ah, lo que tengo, sin tener la culpa,
que sufrir como tentación y martirio!

¡Oh, Hijo de Dios! por tus llagas,
¿No puedes acallar el miedo del corazón?
¿No puedes otorgarme la revelación
de lo que en mi interior debo, si no, meditar?
¿No puedes mostrarme la buena senda?
¿Ni inclinar mi corazón al camino recto?

Si no me llevas pronto hacia Ti
o no me tiendes en el seno de la tierra,
he de entregarme al poder extraño,
he de obedecer, amedrentado,
a lo que me aparta del lado de mi padre,
presa y rapiña de desconocidos poderes!

Su miedo era cada vez mayor: la tentación de escaparse a la magnífica ciudad, cada vez más fuerte. ¿Pero no vendrá entonces, pensaba, el cielo en tu ayuda? ¿no te dará ningún signo? Su pasión alcanzó fi-

nalmente la más alta cima cuando en una ocasión su padre, a causa de una disconformidad doméstica, le habló con aspereza de un modo completamente diferente al habitual, y a partir de entonces, al encontrarse con él siempre le rechazaba. Ahora se decidió; desde ese momento dejó atrás todas las dudas e irresoluciones; no quiso en absoluto reflexionar más. La Pascua se acercaba; la quiso celebrar todavía con los suyos, pero tan pronto como hubiera pasado, hacia el vasto mundo.

Pasó la Pascua. Joseph aguardó la primera mañana hermosa, cuando la radiante luz del sol parecía seducirlo de modo hechicero; entonces salió corriendo temprano de la casa, como era normal en él, pero esta vez no volvió. Con arrobo y corazón palpitante apuró el paso por las estrechas callejas de la pequeña ciudad; se sentía como dispuesto a saltar por encima de todas las cosas que veía en torno a sí, hacia el cielo que se abría a lo lejos. Una vieja parienta se encontró con él en una esquina: "¿Tanto frío, primo?", preguntó "¿quiere nuevamente recoger del mercado verduras para la casa". "Sí, sí", exclamó Joseph sin pensar, y salió corriendo, temblando de alegría, por la puerta de la ciudad.

Pero cuando ya había andado una pequeña distancia por el campo y miró alrededor, se le saltaron límpidas las lágrimas. "¿He de volver todavía?", pensó. Pero siguió corriendo como si le ardieran los talones, y llorando sin cesar, y parecía como si quisiera huir de sus lágrimas. De este modo fue pasando por pueblos desconocidos y caras extrañas: la visión del mundo desconocido le dió nuevamente valor, se sintió libre y fuerte –se acercaba cada vez más– y finalmente –¡cielo misericordioso! ¡qué embeleso!– finalmente vió ante él las torres de la magnífica ciudad.

SEGUNDA PARTE

Vuelvo a mi Joseph, tal como lo encontramos varios años después, convertido en maestro de capilla en la residencia episcopal, y viviendo con gran brillo. Su pariente, que lo había acogido con benevolencia, se había convertido en el hacedor de su suerte, y había hecho que le enseñaran los elementos fundamentales del arte de la música; también había ido tranquilizando bastante a su padre respecto al paso dado por Joseph. Gracias al empeño más vivo, Joseph había adelantado mucho, y al cabo había alcanzado el nivel más elevado de éxito que pudiera haberse deseado.

Pero las cosas del mundo cambian ante nuestros ojos. Un día, cuando ya era maestro de capilla desde hacía algunos años, me escribió la siguiente carta:

"*Querido Pater,*

la vida que llevo es una vida miserable: cuanto más me queréis consolar, tanto más amargamente lo siento.

Cuando recuerdo en los sueños de mi juventud ¡lo dichoso que era en estos sueños!. Yo creía que quería fantasear de aquí para allá y derramar mi corazón entero en las obras maestras, pero ¡qué ajenos y ásperos me resultaron ya enseguida los primeros años de aprendizaje! ¡Cómo me sentía, cuando estuve entre bastidores! ¡Que todas las melodías (que habían producido en mí las más heterogéneas, y a menudo las más maravillosas sensaciones), todas, se fundaran en una única ley irrefutable, en una ley matemática! ¡Que yo, en vez de volar libremente, tuviera primero que aprender a escalar torpemente en torno al andamiaje y la jaula de la gramática del arte! ¡Cuánto hube de martirizarme, al tener que producir algo conforme a las reglas con la vulgar máquina científica del entendimiento! Era una mecánica ardua. ¡Y aunque lo fuera! ¡tenía todavía energía juvenil, y confiaba y confiaba en el soberbio futuro! ¿Y ahora? El magnífico futuro se ha convertido en un miserable presente.

¡Las felices horas que disfruté en la gran sala de conciertos, cuando era un muchacho! ¡Cuando, silencioso y desapercibido, me sentaba en un rincón, y toda la magnificencia y la gloria me hechizaban, y deseaba tan fervorosamente que algún día estos oyentes se congregaran allí por causa de *mis* obras, que *me* quisieran entregar su sentimiento! Ahora me siento con frecuencia en esa misma sala, y ejecuto mis obras; pero en verdad mis sentimientos son muy otros. ¡Que me pudiera imaginar que este público que se pavonea en oro y seda se congregara para disfrutar de una obra de arte, para enardecer su corazón, para ofrecer su sentimiento al artista! Estas almas no pueden, ni siquiera en la majestuosa catedral, en las fiestas más sagradas, cuando todo lo que es grande y bello, lo que tiene la música y la religión, se infiltra en ellos con poderío, no pueden entonces ni siquiera una vez ser inflamados, y ¿han de estarlo en la sala de conciertos? El sentimiento y el sentido para el arte han pasado de moda y se han hecho indecorosos; sentir algo en una obra de arte sería tan extraño y ridículo como hablar de repente en una reunión en versos y rimas, cuando por el contrario en la vida se utiliza la prosa racional y el entendimiento común. ¡Y para estas almas gasto mi espíritu! ¡Para ellas me enardezco a hacerlo de tal modo! ¡Esta es la elevada vocación para la que creí haber nacido!

Y si alguna vez alguien que tiene algo así como un medio sentimiento me quiere alabar, y me ensalza críticamente y me dirige preguntas críticas, siempre quiero rogarle que no se esfuerce tanto en aprender de los libros el sentir. El cielo lo sabe precisamente cuando he disfrutado una música o alguna obra maestra que me ha embelesado, y mi esencia entera se encuentra llena de ella, entonces querría de buen grado pintar mi sentimiento con *una* pincelada en un panel, si es que un color pudiera expresarlo. Me resulta imposible elogiar con palabras artificiosas, no puedo proferir una palabra juiciosa.

Sin duda es un poco consolador el pensamiento de que quizás en algún pequeño rincón de Alemania, incluso mucho después, quizá, de mi muerte, vive ésta u otra persona en la cual el cielo ha puesto una tal simpatía por mi alma, que en mis melodías experimenta lo que yo sentí al escribirlas, y lo que yo tan de buen grado quise expresar. ¡Una hermosa idea, con la cual uno se puede engañar agradablemente largo tiempo!

Pero lo más detestable son, con todo, las otras relaciones en las que se ve envuelto el artista. De toda la repugnante envidia y maliciosa conducta, de todas las costumbres y encuentros tortuosos, de toda la subordinación del arte a la voluntad palaciega; me repugna decir si quiera *una* palabra de todo ello, es todo tan indigno, y el alma humana tan ignominiosa, que ni *una* sílaba acerca de ello quiero traer a mis labios. ¡Un inconmensurable infortunio para la música, que en este arte sea necesaria tal profusión de manos simplemente para que exista la obra! Yo concentro y elevo mi alma entera para consumir una gran obra, y cientos de cabezas vacías y sin sentimientos hacen objeciones y exigen esto y aquello.

Yo, que quería en mi juventud escapar de la miseria terrena, estoy ahora bien caído en el cieno. Es, por desgracia, bien cierto; no se puede, aun con todo el esfuerzo de nuestras alas espirituales, escapar de la tierra; la tierra tira de nosotros con violencia, y otra vez caemos entre la masa más vulgar de gentes.

Los artistas que veo a mi alrededor son dignos de lástima. Hasta los más nobles son tan mezquinos, que ya no saben qué arrogancia mostrar si su obra alguna vez se convierte en una pieza que goce del favor general. ¡Cielo santo! ¿no debemos, pues, una mitad de nuestro mérito a la divinidad del arte, a la armonía eterna de la naturaleza, y la otra mitad al bondadoso Creador que nos ha dado la facultad de hacer uso de este tesoro? Los millares de adorables melodías que provocan en nosotros las más diversas emociones ¿no proceden del único y maravilloso acorde que la naturaleza ha establecido desde la eternidad? Las sensaciones llenas de melancolía, mitad dulces y mitad dolientes, que la música, no sabemos cómo, nos infunde ¿qué son, pues, sino el miste-

rioso efecto del alternante modo mayor y menor? Y ¿no debemos estar agradecidos al Creador por habernos dado, precisamente, el talento de combinar estos sonidos, a los que desde su principio les es conferida una afinidad con el alma humana de un modo tal que remueve el corazón? Verdaderamente, es al *arte* al que hay que reverenciar, no al artista; éste no es más que un débil instrumento.

Estáis viendo que mi celo y mi amor por la música no se han debilitado. Precisamente por eso soy tan infeliz en este... pero dejémoslo, no quiero amargaros con la descripción de toda la mezquindad que me rodea. Ya basta, vivo en un aire muy impuro. ¡Cuánto más idealmente vivía entonces, cuando en despreocupada juventud y silenciosa soledad me limitaba a *disfrutar* del arte, que ahora, cuando lo ejerzo rodeado de puros vestidos de sedas, de puros astros y condecoraciones, rodeado sólo de personas cultivadas y de buen gusto! ¿Lo que querría? Querría dejar plantada a toda esta cultura y refugiarme en las montañas junto al simple cabrero, y tocar con él sus canciones alpinas"...

En esta carta escrita de forma fragmentaria se puede ver en parte el estado en que se encontraba Joseph en su situación. Se sentía abandonado y solo entre la suma de tantas almas inarmónicas que le rodeaban, su arte era humillado porque, hasta donde él sabía, no le producía a nadie impresión vívida alguna, cuando el arte le parecía hecho para remover el corazón humano. En tales turbias horas, se desesperaba del todo y pensaba: "¿Qué es al arte tan singular y extraordinario! ¿Sólo para mí, entonces, tiene esa misteriosa fuerza, y es para el resto de los hombres únicamente recreamiento de los sentidos y agradable pasatiempo? ¿Qué es el arte realmente y en efecto, si no es nada para los demás, y sólo para mí es algo? ¿No es la más funesta de las ideas el hacerse de este arte el único fin y la ocupación principal, e imaginarse miles de cosas bellas sobre sus grandes efectos en los espíritus humanos? ¿de este arte, que en la vida terrena real no tiene otro papel que un juego de cartas o cualquier otro pasatiempo?".

Cuando tenía estos pensamientos, le parecía haber sido el mayor de los ilusos por haberse esforzado en convertirse en un artista en ejercicio para el mundo. Se le vino a la cabeza la idea de que un artista debería ser artista sólo para sí mismo, para la propia elevación de su corazón, y para una o pocas personas que lo entendieran. Y no puedo calificar esta idea de totalmente equivocada.

Pero quiero resumir brevemente lo que queda de la vida de mi Joseph, pues los recuerdos sobre ella me entristecen mucho.

Continuó algunos años como maestro de capilla, y se incrementaba su melancolía y la desazonadora conciencia de que, con todo su profundo sentimiento y su ferviente inclinación hacia el arte, no servía

para nada al mundo, y de que era mucho menos eficaz en éste que cualquier artesano. A menudo recordaba con dulce melancolía el entusiasmo puro e idealista de su adolescencia, y con ello, a su padre; recordaba el esfuerzo que había puesto en educarlo para ser un médico, para aminorar la miseria humana, curar a infortunados, y así ser útil al mundo. ¡Quizás hubiera sido mejor!, pensaba en tales horas.

Su padre, entretanto, se había debilitado mucho por la edad. Joseph escribía siempre a su hermana mayor, y le enviaba dinero para sustento de su padre. No se atrevía a visitarlo él mismo; sentía que le resultaba imposible. Se había vuelto muy sombrío; su vida iba declinando.

Cierta vez había ejecutado una nueva y bella música suya en la sala de conciertos: por primera vez le pareció que había tenido algún efecto sobre el corazón de los oyentes. Una admiración general, un silencioso aplauso, mucho más hermoso que uno ruidoso, le regocijó con la idea de que quizás esta vez su arte había sido dignamente ejercido; tomó otra vez impulso para nuevo trabajo. Cuando salía a la calle, se le acercó de modo furtivo una joven pobremente vestida que quería hablarle. Él no sabía qué debía decir; la miró con atención "¡Dios mío!" exclamó: era su hermana más joven, con el más miserable de los atavíos. Había venido a pie desde su casa para comunicarle la noticia de que su padre yacía moribundo, y que antes de llegar a su fin deseaba de modo apremiante hablarle otra vez. En ese momento se desgarró de nuevo todo canto en su pecho; con insensible aturdimiento se preparó y marchó con presteza hacia su ciudad paterna.

No quiero describir las escenas que acontecieron ante el lecho de muerte de su padre. No se piense que hubo prolijas y doloridas explicaciones recíprocas; se entendieron muy profundamente sin muchas palabras; cómo parece burlarse la naturaleza de nosotros, precisamente en que los hombres solamente se entienden de verdad en semejantes críticos y últimos momentos. Sin embargo, Joseph estaba desgarrado por todo hasta lo más profundo. Sus hermanas se encontraban en el estado más lamentable; dos de ellas habían vivido mal y se habían marchado; la mayor, a quien él siempre enviaba dinero, lo había disipado en su mayor parte, y había dejado al padre en la miseria; a éste lo vió morir, al cabo, miserablemente ante sus ojos: ¡ah! era espantoso cómo su pobre corazón fue herido y acribillado de parte a parte. Se cuidó de sus hermanas lo mejor que pudo, y regresó porque sus asuntos le reclamaban.

Joseph tenía que componer para la inminente Pascua una nueva música de la Pasión, lo que excitaba el ansia de sus envidiosos rivales. Pero torrentes transparentes de lágrimas acudieron a sus ojos en cuanto quiso sentarse de nuevo a trabajar; no podía liberarse de su co-

razón desgarrado. Yació profundamente abatido y sepultado bajo la escoria de esta tierra. Finalmente, se incorporó con violencia y elevó con la más ardorosa súplica los brazos al cielo; colmó su espíritu con la más elevada poesía, con sonoros y jubilosos cantos, y escribió, inmerso en un maravilloso entusiasmo, aunque siempre entre vehementes movimientos de su ánimo, una música de la Pasión, la cual, con sus melodías penetrantes que abarcan todos los dolores del padecer, permanecerá eternamente como una obra maestra. Su alma era como un enfermo que, en un maravilloso paroxismo, muestra mayor fuerza que un hombre sano.

Pero después de haber ejecutado en los días sagrados en la catedral el oratorio con el esfuerzo y el ardor más intensos, se sintió totalmente agotado y abatido. Una fiebre nerviosa atacó todas sus fibras igual que una soga maligna; estuvo enfermo un tiempo, y falleció poco después en la flor de la edad.

Muchas lágrimas he derramado por él, y siento una extraña sensación cuando paso la mirada por su vida. ¡Por qué quiso el cielo que la batalla entre su etéreo entusiasmo y la vil miseria de esta tierra hubiera de hacerle tan infeliz toda su vida, y por qué tuvo que desgarrarse finalmente su doble esencia de espíritu y cuerpo!

Nosotros no entendemos los caminos del cielo. Pero déjanos admirar de nuevo la multiplicidad de los sublimes espíritus a los cuales el cielo ha puesto en el mundo al servicio del arte.

Un Rafael produjo con total inocencia y naturalidad las obras más ricas en espíritu, en las cuales vemos el cielo entero; un Guido Reni, que llevó una vida de juego tan salvaje, pintó los cuadros más delicados y sagrados; un Alberto Durero, un modesto ciudadano de Nürnberg, elaboró con laborioso y mecánico celo obras maestras enteramente llenas de espíritu, y precisamente en la celda donde su mala mujer se peleaba diariamente con él; y Joseph, en cuyas armónicas obras subyace belleza tan misteriosa, fue diferente a todos ellos.

¡Ah!, ¿que hubiera de ser precisamente su *elevada fantasía* la que le consumiera? ¿He de decir que quizá fue creado más para *disfrutar* del arte que para *ejercerlo*? ¿Son quizá conformados más felizmente aquellos en los cuales el arte trabaja silencioso y encubierto como un genio escondido, y no los molesta en su actuación en la vida? ¿Y aquél que siempre está poseído por el entusiasmo, ha de entrelazar también, resuelta y fuertemente, su elevada fantasía a esta vida terrena de un firme golpe, si quiere ser un verdadero artista? Sí, ¿no es esta misteriosa fuerza creadora acaso algo absolutamente distinto y —como ahora me lo parece— algo aún más maravilloso, aún más divino que el poder de la fantasía?

El espíritu del arte es y permanece para el hombre un eterno misterio, siente vértigo cuando quiere penetrar en la profundidad del mismo; pero también permanece eternamente un objeto de la más alta admiración: como hay que decir de todo lo grande en este mundo.

Pero tras estos recuerdos de mi Joseph no puedo escribir nada más. Concluyo mi libro, y desearía únicamente que fuere útil al uno o al otro para suscitar buenos pensamientos.

